

A mis maestros: Ante el fallecimiento de Don Juan José Martínez Marín

Enero de 2024

Antonio López Romero

A mediados de los años sesenta entré en la escuela San Nicolás en el Carril de Cuenca. Compartí en sus aulas pupitre con muchos de aquellos hombres bajitos que ya entonces ayudaban a sus padres en la vega y en la mar. A veces llegaban a primera hora casi sin dormir o con sueño atrasado y el maestro les permitía que cerrasen los ojos un rato para reponer fuerzas. Los privilegiados que vivíamos la infancia como niños no entendíamos aquella presunta indisciplina y tardaríamos mucho tiempo en comprender por qué el maestro nos mandaba callar y no hacer ruido mientras aquellos compañeros sacados de una novela de Dickens cargaban pilas.



Mi clase de 5º curso de EGB del colegio San Nicolás con el profesor José María Ortega. Otoño de 1971.

En aquellos tiempos, la supervivencia primaba sobre la ternura. A los hijos se les pegaba cuando era preciso. Los malos tratos en la familia o el acoso en la calle no estaban reconocidos como tales. Eran parte del aprendizaje. Quejarse era cosa de blandengues.

Adra era entonces el pueblo más grande e industrial de la provincia, con una agricultura de vega envidiable y un sector pesquero muy potente. En pleno *baby boom* había muchos niños en edad escolar y se necesitaba a comienzos de los 70 un nuevo equipo de profesores que reforzaran la plantilla de próceres veteranos y se hiciesen cargo de los tres nuevos colegios recién terminados.

El curso 1971-72 pasé del viejo San Nicolás al nuevo, que estaba en los confines del pueblo y al final de la empinada calle Zacatín. Más arriba solo estaba la Granja Marisol, el Cercado y la Cueva de las Brujas y ya el pico de la Zeta y los cerros. Un paisaje entrañable deformado tras la construcción de la autovía.

Al nuevo San Nicolás llegué aquel septiembre del 71 con nuevos y jóvenes profesores. Entre ellos una pareja de recién casados, Juan José Martínez Marín y Rosa López que se convirtieron en dos de mis principales tutores a lo largo de cuatro cursos en aquella

EGB que extendía la vida escolar desde 5º a 8º como enseñanza obligatoria hasta los catorce años.

Ambos fueron durante esos cuatro años personas básicas en mi desarrollo y aprendizaje. Muy jóvenes entonces, tuvieron que lidiar con una legión de niños y niñas con diversos y distintos objetivos. La mayoría, por necesidades familiares, incorporarse cuanto antes al mercado laboral. Un grupo de privilegiados, queríamos continuar el bachillerato y alcanzar los estudios universitarios. Con la llegada del aperturismo político las clases se hicieron mixtas. Aquellos maestros pasaban entre horas lectivas y permanencias más tiempo con nosotros que nuestros propios padres. Ocupados en sus quehaceres y trabajos, sin poder tutelar nuestros estudios, confiaban ciegamente en la resolución que el maestro tomaba con sus hijos.



Juan José Martínez Marín con su clase de San Nicolás en el curso 1979-80

En esos cuatro años mi vida dio un vuelco. No sólo físicamente sino también mental. España se preparaba para lo que vendría tras la muerte de Franco y el cambio de las reglas de convivencia. Don Juan José y Doña Rosa junto a otros maestros como Don José Martínez y Don José María Ortega, forjaron lo que soy. Su capacidad para motivar, a veces con severidad, influyeron en mis elecciones de futuro.

Las clases de geografía e historia eran lo más parecidas a un reportaje de televisión. Este profesor no solo se limitaba a facilitar una relación de datos más o menos ordenados cronológicamente. Sus clases eran un crisol de hechos contextualizados que te hacían aprender de dónde venía el enfrentamiento sin fin entre árabes e israelíes. Que mostraban que los vietnamitas no eran los malos y los norteamericanos los buenos. Todo ello apoyado en unos libros de culto como los de la editorial Santillana, sin duda los más progresistas del momento. No me extraña que años más tarde los empresarios de esa editorial fundasen el periódico *El País*. Cuando pude cumplir mi sueño de estudiar Periodismo en la Universidad de Madrid recordé las clases de Don Juan José y el valor de contrastar las informaciones con varias fuentes como único camino para conocer la verdad de las cosas.



Doña Rosa y Don Juan José posaban hace unos años con un aspecto físico envidiable

Aquellos años analógicos en los que nuestros cerebros eran esponjas provocaban un ambiente idóneo para que los maestros captasen toda nuestra atención. Sin móviles, tablets ni redes sociales, solo la televisión y los juegos callejeros se interponían entre profesor y alumno. Ellos nos enseñaron valores y pautas de conducta que sirven a cualquier edad. Como los hábitos de higiene, el trabajo en equipo, o saber hablar en público sin complejos.

Tras un mágico viaje de fin de curso en junio de 1975, aquellos maestros salieron de nuestras vidas cotidianas. Al curso siguiente entré en el instituto para estudiar el BUP, un experimento más del sistema educativo español.

La distancia entre el Colegio San Nicolás y el instituto de enseñanza media era de unos pocos minutos andando. Pero la mental era de cientos de kilómetros. Algo nos decía que la escuela quedó atrás y aunque siempre los recordé, estuvimos muchos años compartiendo pueblo casi sin vernos.

Don Juan José y Doña Rosa permanecieron en Adra como profesores hasta comienzos de los años 90. En el verano de 1983 tuve la oportunidad de volver a verlo y tener una larga conversación para ponernos al día. Me comentó que colaboraba con el ayuntamiento de Adra para ordenar el maltrecho y rico archivo municipal, afectado por la riada del 73 y por múltiples expolios. Su labor fue encomiable. Un año más tarde su trabajo altruista en pro de la historia local, su pasión de siempre, había concluido con éxito. En 1985 el pleno municipal de manera unánime le agradeció y reconoció el trabajo realizado.

En 1996 el ayuntamiento volvió a requerir sus servicios, esta vez como pregonero de la feria. En su pregón destacó los más de veinte cursos que su mujer y él pasaron en Adra como maestros de cientos de niños y niñas y su asombrosa capacidad para acordarse de todos. En Adra criaron a sus hijas Raquel y Silvia. Tras su traslado a Almería y su jubilación Don Juan José se implicó en la ayuda social a través de Cruz Roja y revitalizó la asamblea local de Roquetas, uno de los municipios más afectados por la inmigración y necesitado de la solidaridad.



Juan José Martínez Marín, el primero por la izda, en un acto de presentación de Cruz Roja en Roquetas. La Voz de Almería, 30 de junio de 2015

En los primeros días de este mes de enero un compañero de pupitre y amigo desde la infancia me comunicó la muerte de Don Juan José a los 79 años. La noticia la había dado en Facebook su hija Silvia Martínez López y la reacción de pesar de decenas de alumnos a través de la red social no se hizo esperar.

Gracias a otros compañeros pude hacerme con el teléfono de Doña Rosa a la que di el pésame y aproveché para mantener una conversación llena de recuerdos y nostalgia. Hablamos de las redes sociales, herramientas imperfectas pero imprescindibles en esta nueva era digital. Me comentó que ojalá hubiésemos podido estar conectados por teléfono o WhatsApp para no perder el contacto. Me pidió que no la llamase Doña Rosa. Accedí a ello por gentileza pero en mi interior es imposible romper esa relación de respeto. Cuando le dije que sus primeros niños abderitanos de 1971 ya vamos para los 63 y algunos ya están jubilados me comentó como pasa de rápido el tiempo y nuestra propia existencia.

Aquel colegio no eran solo las instalaciones y los árboles que plantamos y están muy crecidos tras más de 50 años de vida. Eran los profesores, los compañeros inseparables que tuvimos, nuestros primeros amores. Con muchos de aquellos amigos y amigas he tenido la suerte de seguir en contacto. La misma suerte de tener a Don Juan José y Doña Rosa como maestros que nos enseñaron muchas cosas que nos siguen acompañando a través de nuestras vidas. Sobre todo a tener criterio y opinión propia para elegir lo más conveniente en la jungla tecnológica, sin tiempo para la reflexión, en que se ha convertido esta sociedad.



Juan José Martínez Marín, en un acto de homenaje a Cruz Roja. *Diario de Almería*, 15 de noviembre de 2018